



PER BX1431.C82 C46

Centinela.

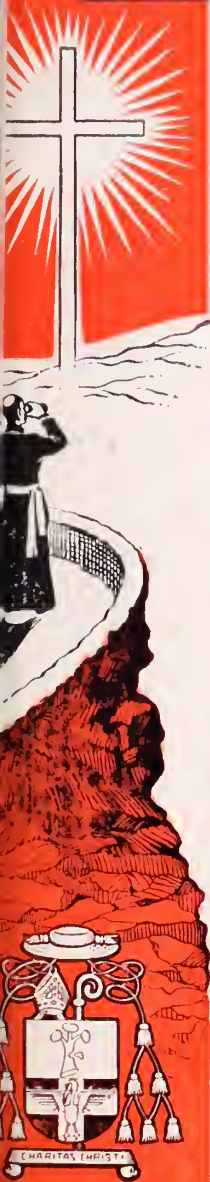


Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/centinela7195unse>

CENTINELA

MAYO 1959 — CUERNAVACA — NUMERO 7



NUESTRA PORTADA.—Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera y Talonia, primer obispo de Cuernavaca y benemérito defensor de las apariciones guadalupanas.

CENTINELA

Director: PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN
Dirección: Apartado Postal No. 63
Oficinas: Galeana No. 47. — Tel. 2-12-84
 Cuernavaca, Morelos (México)

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasco 14. Col. Guerrero, México 3. D. F.—Tiro: 3,000 ej.

SUSCRIPCIONES :

Ordinaria	\$ 72.00
Honorífica	,, 100.00
Benefactora	,, 150.00
Extranjero	Dls. 8.00
Número suelto \$6.00.—Número atrasado ...	\$ 8.00

SUMARIO

GUIONAJE

<i>Tributo de afecto y admiración</i> , por el PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN	1
--	---

EPISCOPOLOGIO CUERNAVACENSE

<i>Semblanza de Mons. Vera</i> , por el PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN	9
<i>El Dr. Vera preconizado Obispo de Cuernavaca</i> , por JOSÉ TRINIDAD SÁNCHEZ SANTOS	21
<i>El fallecimiento del Ilmo. Señor Obispo de Cuernavaca</i> , por JOSÉ TRINIDAD SÁNCHEZ SANTOS	24

CLERO DIOCESANO

<i>Ordenaciones administradas por el primer Obispo de Cuernavaca durante su primer año de gobierno. 1894-1895</i> , por el DR. SERGIO MÉNDEZ ARCEO	26
--	----

BALCÓN DE NUESTROS LECTORES

<i>Evocación de un guadalupano eminente</i> , por BALTA-SAR LÓPEZ BUCIO	27
<i>Recuerdos de mi remota niñez</i> , por el ING. LEÓN SALINAS ARRIAGA	30



CENTINELA

Publicación mensual que tiene por objeto el estudio del Episcopado Católico y la divulgación de la historia de la Diócesis de Cuernavaca. Aparecerá de noviembre de 1958 a octubre de 1959, Año Jubilar de nuestro Excmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. D. Sergio Méndez Arceo.

AÑO I

Registro en trámite

NUM. 7

Director

PBRO. L. L. BELTRÁN

CUERNAVACA, MAYO 1959

Censor

PBRO. JOSÉ ESPÍN



Tributo de Afecto y Admiración

*Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor
Doctor Don*

FORTINO HIPÓLITO VERA Y TALONIA,

Primer Amadísimo Obispo de Cuernavaca.

SU SANTIDAD el Papa León XIII, por su Bula ILLUD IN PRIMIS del 23 de junio de 1891, erigió las nuevas diócesis de Chihuahua, Saltillo, Tepic, Cuernavaca y Tehuantepec. El primer obispo de Chihuahua, D. José Ortiz y Rodríguez, se consagró en Morelia el 1 de septiembre de 1893. El primer obispo de Saltillo, D. Santiago de la Garza Zambrano, se consagró en Monterrey el 9 de abril de 1893. El primer obispo de Tepic,

D. Ignacio Díaz y Macedo, se consagró en Guadalajara el 16 de abril de 1893. El primer obispo de Tehuantepec, D. José Mora y del Río, se consagró en Oaxaca el 19 de marzo también de 1893.

Todas las nuevas diócesis tenían ya su obispo en 1893, menos Cuernavaca. ¿Qué pasaba? Que fue propuesto D. Fortino Hipólito Vera y Talonia, entonces canónigo de la Colegiata de Guadalupe, y tan sólo por el hecho de haberse constituido en acérrimo defensor de las Apariciones Guadalupeanas, en cuanto se tuvo la noticia de su nombramiento, se reunieron en conciliábulo fatal los "anti-aparicionistas", como se ha dado en llamar a los incrédulos del Milagro del Tepeyac, y éstos enviaron muchos anónimos a Roma en



El Ilmo. Sr. Abad de Guadalupe Pbro. D. Antonio Plancarte y Labastida quien desde México trabajó con todo empeño escribiendo cartas y más cartas a su sobrino el Pbro. Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, que se hallaba en Roma, para que allá deshiciera las intrigas de los antiaparicionistas que habían mandado los anónimos contra Mons. Vera.

los que afirmaban falsedades y calumnias contra la egregia personalidad del Sr. Vera, con el propósito de impedir que fuera el primer obispo de Cuernavaca. Por lo tanto, la Santa Sede, cuya prudencia nadie jamás ha desmentido, guardó silencio y no mandó las Bulas, lo que debió llenar de amargura muy explicable al candidato.

Desde agosto 25 de 1893 le había escrito el cardenal Rampolla comunicándole que había sido nombrado primer obispo de Cuernavaca. Pero tal nombramiento, mirando las

cosas de tejas abajo, se hubiera quedado sin efecto, si no hubieran surgido dos sacerdotes que lucharon denodadamente hasta lograr su preconización. Muchos prelados sufrían y hasta lloraban al ver la falta de caridad y el inaudito atrevimiento de los desafectos al Milagro de las Rosas, que pisoteando la buena fama del Sr. Vera, trataban de enlodar su limpia trayectoria con terribles anónimos enviados a Roma.

Lloraba de pena el arzobispo de México, D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera; lamentaban el suceso los obispos de Yucatán, D. Crescencio Carrillo y Anco-



El Pbro. Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, que fue después primer Obispo de Campeche y segundo de Cuernavaca, y más tarde, Arzobispo de Monterrey, quien defendió en Roma eficazmente a Mons. Vera contra los falsos testimonios de los antiaparicionistas que veían en su consagración episcopal un gran triunfo de la Causa Guadalupeana. Pero en vano dieron coques contra el aguijón.

na; de Tulancingo, D. José María Armas y Rosales; de Tabasco, D. Agustín de Jesús Torres y Hernández y otros muchos. Pero no intervinieron directamente, aconsejados por su prudencia episcopal. Por eso, como antes dije, humanamente hablando, la preconización del Sr. Vera se debe a dos sacerdotes, sin los cuales no hubiera llegado a empuñar el báculo pastoral. Estos fueron: D. Antonio Plancarte y Labastida, Abad de Guadalupe, y su sobrino, el P. Francisco Plancarte y Navarrete, que más tarde llegó a ser segundo obispo de Cuernavaca.

Se hallaba el P. Plancarte y Navarrete allá en Roma en los arreglos de la concesión de nuevo Oficio Guadalupano. Y aprovechó su estancia en la Ciudad Eterna, su tío, para encomendarle con santa insistencia el problema del Sr. Vera. Tío y sobrino lucharon denodadamente hasta lograr la expedición de



Pbro. José Guadalupe González, Primer Cura Párroco del Sagrario, al erigirse la Diócesis de Cuernavaca y elevarse a rango de Catedral la Parroquia de la Asunción.



M. I. Sr. Cura del Sagrario y Secretario de la Sagrada Mitra de Cuernavaca, Pbro. D. Nicanor Gómez, que fue uno de los primeros niños que confirmó Mons. Hipólito Vera.

las Bulas que vinieron casi un año después del nombramiento, con fecha 3 de julio de 1894. Dejemos que hablen ellos mismos.

Tomamos los datos de la obra del P. Plancarte y Navarrete, intitulada: "Don Antonio Plancarte y Labastida", tipografiada en México el año 1914, páginas 444-447. He aquí la transcripción literal y sin comentarios:

"Después de haber arreglado la concesión del nuevo oficio guadalupano, por voluntad expresa de mi tío me había quedado en Roma para el arreglo de unos bonos que quería recogiera y vendiera; así pues, me escribía el 8 de Marzo, que no saliera de Roma, hasta no tener en mi poder y haber negociado esos valores. Como las dificultades que se presentaron para el arreglo de ese negocio fueron muchas y muy graves, tuve que perder algunos meses, y entretanto no escasearon otros arreglos que me encomendó, de in-

dole eclesiástica; uno de ellos fue el de sacar al futuro Obispo de Cuernavaca del atolladero en que lo habían metido sus gratuitos enemigos. Así pues, el 10 de Marzo me escribió, recomendándome tomara informes de lo que había con relación al Sr. Vera, e hiciera por él lo que pudiera. El 19 volvía a escribirme: 'Por acá siguen reinando la incertidumbre y habladas de D. Hipólito'.

"Había yo, desde su primera recomendación, examinado el estado del negocio, y por las reticencias y medias palabras con que se me respondió en la Secretaría de Negocios eclesiásticos extraordinarios, pude calcular que se había *emborrascado*, y con esta misma palabra, que los mineros usan entre nosotros para dar a entender que termina o desaparece un rico filón de metal, le indicaba el estado en que lo había encontrado. Contestando mi carta el primero de Abril, me decía: 'La *emborrascada* de Cuernavaca va a amilanar más al Sr. Alarcón, pues lo tiene muy preocupado este temor, y aun me encargó que tú allá, sin que olieran su intervención, procuraras desvanecer las falsedades que han escrito'. Al día siguiente me repetía: 'En cuanto a Cuernavaca, hasta lloró el Sr. Arzobispo, refiriéndome la negrura del corazón de los calumniadores acérrimos del Sr. Vera. El Sr. Obispo de Yucatán, el de Tulancingo y el de Tabasco, que son a los que he visto últimamente, consideran como de justicia que vaya a Cuernavaca el Sr. Vera. Yo creo que todos los guadalupanos lo desean. Ve a ver si enderezas ese entuerto, dando a conocer a esos pájaros, por medio de las cartas que te adjunto, donde consta su afición a los anónimos antieclesiásticos'.

"Era tal el silencio que reinaba sobre el asunto, debido a la jamás desmentida prudencia y discreción de la Santa Sede, que en México se tenía la cosa por perdida. 'Ya lo del Sr. Vera', me decía el 10 de Abril, 'se

da aquí por sepultado, y el primer candidato se ha levantado cual otro Lázaro cuatri-duano'.

"A esas cartas contesté yo el 24 de Abril: 'El Sr. Vera sólo me es conocido por sus trabajos literarios, y no por una íntima y anti-gua amistad. Ud. bien comprende lo delicado que es un asunto de esta naturaleza, las responsabilidades de conciencia que trae consigo el influir de alguna manera en un nombramiento episcopal, y los embarazos en que me pondría, al tener que defender a una persona cuya vida, actos e intenciones ignoro absolutamente. Sin embargo, por la recomendación de usted, el empeño del Sr. Arzobispo, y los deseos de los Sres. Obispos de Yucatán, Tulancingo y Tabasco, haré cuanto pueda para conjurar la tempestad, seguro que ni Ud. recomendaría a una persona indigna, ni esos señores se interesarían por ella. Pero aquí vienen otras dos dificultades, y es la primera, que yo tengo que obrar con iniciativa propia, sin tener la representación de nadie, que hiciera valer algo mi mediación, la segunda, que en la Secretaría de Estado se guarda una impenetrable reserva, sobre las acusaciones y motivos particulares que tienen para diferir la preconización del Sr. Vera. Hasta ahora no he llegado a saber sino generalidades y esto más bien por inferencias de una conversación que tuve con el Secretario de la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, que porque claramente me lo hayan dicho. Pero no hay peor diligencia que la que se deja de hacer, y desde mañana comenzaré a trabajar con ardor en el asunto. ¡Ojalá que el éxito de mis trabajos, corresponda a sus deseos y a los del Sr. Arzobispo'.

"Como lo prometí a mi tío, así lo hice; me puse a trabajar con empeño y ardor, primero para saber de qué se le acusaba al Sr. Vera y una vez conseguido mi intento, me dedi-



Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael Sabás Camacho, dignísimo Obispo de Querétaro, grande amigo y entusiasta colaborador de Mons. Fortino Hipólito Vera, en la publicación de sus obras guadalupanas, principalmente de su "Contestación Histórico-Crítica..."

qué a deshacer unas acusaciones, excusar otras, y probar la poca importancia de las terceras. Muchos pasos y muchas vueltas tuve que dar para conseguir esto. La reserva que el Sr. Alarcón quería que se guardara sobre su intervención, me hacía trabajar doblemente, y me ponía en riesgo de que Mr. Cavagnis me cerrara las puertas de la Secretaría como a un intruso; por fortuna, el cariño que me profesaba el Card. Mazzella, a quien todo lo consultaba obrando de conformidad con sus indicaciones, y el conocimiento que tenían de mí los ocho Cardenales, con quien había tenido que tratar para la aprobación del Oficio de Nuestra Señora de Guadalupe, me fueron utilísimos, y en la Secretaría de Estado y en la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, me recibieron con benevolencia y me escucharon. Por esto el 12 de Mayo pude escribir a mi tío, que el Sr. Vera sería preconizado y

decirle el 27 de Junio de 1894: 'Para que ya no quede duda sobre el triunfo del Sr. Canónigo Vera, mando a Ud. la *Proposito*'".

Reunimos cuanto hasta el presente se pudo, de lo escrito y de lo tradicional, sobre Mons. Vera y lo presentamos en esta entrega de CENTINELA, como un cariñoso y filial homenaje. Y dejamos en el tintero algunos otros datos sueltos y otros preciosos documentos para próximas ediciones. Pues merecen capítulo aparte sus Edictos y sus Pastorales de tema guadalupano, así como también su epistolario inédito de mil páginas donde comprobamos su continuo carteo con guadalupanistas y antiguadalupanistas y donde hallamos noticias poco divulgadas o totalmente desconocidas referentes a la Historia de las Apariciones de Santa María de Guadalupe.

Pbro. LAURO LÓPEZ BELTRÁN.



Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Digno. Arzobispo de México, quien encargó al P. Antonio escribiera al P. Planarte a Roma para que trabajara pro Mons. Vera.



Altar de Nuestra Señora de Guadalupe que se halla en la Capilla del Palacio Episcopal de Cuernavaca, erigido por Mons. Fortino Hipólito Vera y Talonia.



Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que se venera en su altar dedicado en la Capilla del Obispado de Cuernavaca por el primer Obispo Mons. Vera.



Panorámica de Cuernavaca. En primer término parte de los techos del Jardín de Borda. En el fondo la capilla del Carmen, la iglesia de la Tercera Orden y la Catedral.



Un ángulo de los claustros del que fuera convento franciscano de Cuernavaca y ahora es parte del Seminario Conciliar, ya sin la fuente que se mira en el centro.

EPISCOPOLOGIO Cuernavacense

Semblanza de Mons. Vera

Pbro. LAURO LÓPEZ BELTRÁN

PRIMERA PARTE

RASGOS BIOGRAFICOS

Su Nacimiento

EN EL pueblo de Santiago Tequisquiac, del Estado de México, vino al mundo el niño Fortino Hipólito Vera y Talonia el 12 de Agosto de 1834. Consta esta noticia en el archivo parroquial donde se halla un Libro de Bautismos, que tiene por título "Bautismos de Españoles y Castas —Año de 1827 al 1837— No. 26". En él se encuentra un Acta, que a la letra dice:

Al Margen Izquierdo.—Fortino Hipólito —Fue Primer Obispo de Cuernavaca, Morelos.—Al Margen Derecho.—Cabecera.

Al centro.—"En esta Iglesia Parroquial de Tequisquiac, en trece días del mes de Agosto de mil ochocientos treinta y cuatro. Yo el Cura propio Bauticé solemnemente y puse los Santos Oleos y Crisma a un niño de un día de nacido a quien puse por nombre Fortino Hipólito, hijo lexmo. de Pedro Angel Vera y de Apolinaria Guadalupe Talonia: Fueron sus Padrinos José Rodríguez soltero y María Candelaria Vera doncella todos Españoles vecinos de esta Cabecera, a quienes

advertí el parentesco espiritual y sus obligaciones.

Y pa. qe. conste lo firmé.

Bt. MANUEL ALDANA—Rúbrica.

Sus Estudios

En su pueblo natal recibió la instrucción primaria. Después ingresó al Seminario de Tepozotlán, Estado de México, donde cursó Humanidades, las que terminó en el Colegio de San Juan de Letrán, obteniendo el primer premio. En este mismo establecimiento cursó filosofía, graduándose de Bachiller y de Derecho Civil y Canónico. Al mismo tiempo estudió Teología Dogmática y Moral en el Seminario Conciliar de México.

Sagradas Ordenes

El 19 de Diciembre de 1856, recibió de manos del Ilmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros el Orden del Subdiaconado y al día siguiente el Diaconado. En Diciembre de 1857 recibió la Orden del Presbiterado.

Parroquias Administradas

En 1867 fue nombrado Cura de Totolapan, Morelos, donde fundó la Cofradía de



Iglesia Parroquial de Santiago Tequisquiác, Estado de México, tierra natal de Mons. Fortino Hipólito Vera y Talonia, primer dignísimo Obispo de la Diócesis de Cuernavaca.

San Vicente de Paul, la Sociedad Católica y varias escuelas, regentadas por la misma Sociedad. Al mismo tiempo administraba la Parroquia de Atlatláhuacan, Morelos, por haber estado vacante más de un año.

En Julio de 1871 fue nombrado Vicario Foráneo de Amecameca, Estado de México, en donde una de sus más grandes empresas fue la instalación de un Seminario, que se convirtió desde luego en una Escuela Politécnica, de la que salieron aventajados sacerdotes, ingenieros, abogados, relojeros, pintores, impresores y encuadernadores.

En esta parroquia estableció una imprenta que llamó primero "Imprenta Católica" y después "Imprenta del Colegio Católico", por haber unido ambas instituciones religiosas, sociales y culturales. En esta su imprenta se publicaron gran parte de sus obras, de las que hablaremos en su lugar.

Estableció en Amecameca también varias escuelas, instituyó muchas cofradías y Aso-

ciaciones Religiosas; erigió un Observatorio Meteorológico, decoró el Santuario del Sacro Monte y la propia Iglesia Parroquial de Amecameca, donde permaneció hasta 1890 en que fue nombrado Prebendado de la entonces Colegiata de Guadalupe convertida hoy en Insigne y Nacional Basílica, y en 1891, canónigo de la misma.

Obispo de Cuernavaca

Después de cuatro años de prebendado y canónigo de la Colegiata de Guadalupe, fue nombrado primer obispo de Cuernavaca. La comunicación se la hizo con fecha 25 de Agosto de 1893 el Cardenal Rampolla. Las Bulas de su preconización y por lo mismo de la confirmación de su nombramiento, le fueron extendidas el 3 de Julio de 1894, casi un año después, a causa de los anónimos enviados a Roma por los antiaparicionistas, cuyas mentiras aclaró Mons. Francisco Plancarte y Navarrete.

Su consagración episcopal tuvo escena en la Colegiata de Guadalupe, el 29 de Julio de 1894. Fue consagrante el Ilmo. Sr. Dr. D. Eulogio Gregorio Gillow, primer Arzobispo de Oaxaca, en lugar del Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, XXV Arzobispo de México, quien no pudo asistir por falta de salud. Los asistentes fueron el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, Dr. D. Rafael Sabás Camacho y el Muy Ilustre Señor Arcediano de la Catedral de México, Lic. D. José María Alvarez.

El 5 de Agosto de 1894 tomó posesión del obispado por medio de un apoderado que lo fue el Sr. Canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Lic. D. José María Pérez Balda y López, fungiendo como secretario en este acto, el Sr. Phbro. D. Antonio Barba y Barón.

El 10 de Agosto de 1894 arribó a Cuernavaca y el 15 del mismo mes celebró su pri-

ma Misa Pontifical en su catedral de Santa María de la Asunción, en la que predicó el Sr. Canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Lic. D. Pedro de Verona Gutiérrez.

Primer Seminario

Cuando estuvo erecta la Diócesis de Cuernavaca y tomó posesión de la misma nuestro ilustre biografiado, no había ningún Seminario Diocesano. Le tocó fundarlo. Y como faltaba un edificio apropiado, provisionalmente lo instaló en los anexos de la Tercera Orden de San Francisco, dentro del atrio de la Santa Iglesia Catedral.

Fue su primer Rector el Sr. Pbro. D. Antonio Barba y Barón, originario de la Hacienda de San Miguel Treinta, Tlaltizapán, Morelos. El personal docente lo integraban: el mismo Mons. Vera, que atendió la cátedra de Teología Moral, y los Sres. Pbros. D. José Vargas Porras y Escalante, el Rector ya citado y el párroco del Sagrario D. José Guadalupe González.

Ocho fueron los alumnos fundadores: Rafael Quevedo, de Tenancingo, México; Valentín Martínez, de Temamantla, México; Conrado Navarro y Enrique Pérez, también del Estado de México; Eliseo Espinosa, de Jojutla, Morelos; Fermín Contreras, de León, Guanajuato; José Ortega, cuyo lugar de nacimiento no he logrado averiguar, y Ladislao Aviña, originario de Zacatecas.

Primeros Sacerdotes

Todos los ocho seminaristas, renglones arriba mencionados, recibieron el sacerdocio de manos de Mons. Vera, quien contaba con un regular número de sacerdotes como se indica en la página 26 de esta misma entrega.



Pila Bautismal en la que fue bautizado el niño Fortino Hipólito, el 13 de agosto de 1834, en la Iglesia Parroquial de Tequisquiac, Estado de México. Ha sido regalada últimamente a una capilla en construcción y en su lugar se ha colocado una pila nueva.

Las primeras órdenes las confirió en las Témporas de Cuaresma de 1895. La primera ordenación de Presbíteros tuvo efecto el 22 de Mayo de dicho año.

Entre los promovidos ese día a la cumbre del sacerdocio, nombraremos al P. Aviña, que el 31 del mismo mes y año cantó su primera Misa Solemne en el Templo de Guadalupe. En ese mismo año, ya los seminaristas y los sacerdotes asistieron por primera vez a la Primera Peregrinación Guadalupeña de la novísima Diócesis a la Basílica de Guadalupe.

Mons. Vera solicitó el 12 de Mayo, como día fijo para las peregrinaciones anuales. Pero como estaba ocupado, eligió el día de la fiesta movable de la Madre Santísima de la Luz, que tocó en dicho año el 29 de Mayo. También asistieron todos, seminaristas y sacerdotes, a las fiestas de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, que termina-



La Excelentísima Señora Doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, primera Marquesa del Valle de Oaxaca y segunda esposa de Hernán Cortés. Cooperó económicamente a la edificación de la Iglesia de la Asunción, hoy Catedral. En señal de gratitud a su insigne benefactora los Padres Franciscanos colocaron su estatua en la misma iglesia. Foto del original en casa del autor.



La Iglesia Parroquial de la Asunción levantada por los Padres Franciscanos entre 1524 y 1552 —hoy Catedral— no tenía torre. Se colocó ésta en 1713. Un fuerte sismo acaecido el 19 de julio de 1882 le destruyó el remate. En septiembre del mismo año lo mandó reconstruir el Sr. Cua Vicente Salinas, en distinto estilo de los dos cuerpos inferiores como se mira en esta gráfica.



ron el 12 de Octubre del mismo año 1895 con la imponente ceremonia.

Sus Virtudes y su Muerte

Se distinguió por su prudencia, benignidad y paciencia en el Gobierno de su Diócesis durante cuatro años, en los que trabajó infatigablemente por la formación de los sacerdotes, por la instalación de varias escuelas y de muchas obras apostólicas. Le tocó sufrir mucho, sobre todo en la práctica de la Visita Pastoral, a causa de la ignorancia religiosa en que halló su Diócesis y por la falta de caminos.

Lleno de virtudes murió santamente en el Señor el 23 de Septiembre de 1898, a las primeras horas del día, en su palacio episcopal, a los 64 años de vida. Fue sepultado en el Cementerio-Atrio de la Iglesia del pueblo de Santa María, a 5 kms. de la ciudad episcopal. Santa María se halla en el kilómetro 69 de la Carretera México-Cuernavaca, donde hay una desviación a mano derecha de quien viene a la capital morelense, que da comienzo en el kilómetro 74.

A iniciativa del recordado Padre Abraham Balleza, su paisano, se trasladaron los restos de Mons. Vera en una pequeña urna el 23 de Septiembre de 1925, esto es, 27 años después, a un nicho que se abrió en el muro de la iglesia, en el Presbiterio y frente al altar mayor en el lado del Evangelio.

Asistieron al acto el Excmo. Sr. Obispo Dr. D. Francisco Uranga y Sáenz, quien celebró la Santa Misa; los Señores Presbíteros Manuel Pío López y Estrada, José García Ortiz, Evaristo Nava, Angel Quintero, Feliciano Espinosa, el P. Mondragón y el P. Rocha, de Ocuila, que había sido su familiar, muchos fieles de Cuernavaca y todo el pueblo de Santa María.

En la blanca lápida de mármol hay graba-

da la siguiente inscripción: *Beati mortui qui in Dómino moriuntur. Apocal. XIV, 13. Exmi. ac Remi. D. D. Fortini Hippolyti Vera, Primi Cuernavacensis Episcopi HIC JACENT CINERES.* Traducción: Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor. Apocalipsis, XIV, 13. AQUÍ YACEN LAS CENIZAS del Excmo. y Revmo. Sr. D. Fortino Hipólito Vera, Primer Obispo de Cuernavaca.

Sigue a continuación el epitafio redactado por el mismo edificante Padre Balleza, y a la letra dice: *Vigilans et prudens semper amabilis Pastor. Cultum Tepeyacensis Virginis Propugnavit. R. I. P.* Traducción: Fue un Pastor vigilante y prudente, siempre amable. Defendió el culto de la Virgen del Tepeyac. Descanse en Paz.—Santa María, 23 de Septiembre de 1925.

SEGUNDA PARTE

OBRAS GUADALUPANAS

Prescindimos en este trabajo de sus libros y folletos que no se refieren directamente al Milagro Guadalupano, como son, por ejemplo: "Itinerario Parroquial del Arzobispado de México y Reseña Histórica, Geográfica y Estadística de las Parroquias del mismo Arzobispado", de 158 páginas tipografiado en su "Imprenta Católica" el año 1880; "Catecismo Histórico Geográfico y Estadístico del Arzobispado de México"; "Escritores Eclesiásticos Mexicanos"; "Apuntamientos Históricos de los Concilios Mexicanos"; "Biografía del Ilmo. Señor Alcalde"; "Historia del Primer Concilio de Antequera", al que asistió como cronista y relator; y otras más de indiscutible valor histórico.

Tan sólo queremos restringirnos a decir algo acerca de cada una de sus principales obras en que se comprueba su ardiente de-

Placa de mármol colocada en la Iglesia Parroquial de Santiago Tequisquiac, Estado de México, por el Sr. Pbro. D. Abraham Balleza y Hernández, en el 50 Aniversario de la muerte de Mons. Fortino Hipólito Vera.

BEATI MORTUI QUI IN
DOMINO MORIUNTUR.
APOC. XIV-13.

EL ILMO. Y RSMO. SEÑOR D. FORTINO
HIPOLITO VERA Y TALONIA
NACIO EN TEQUISQUIAC, E. DE MEX.
FUE CURA DE VARIAS PARROQUIAS;
VICARIO FORANEO DE AMECAMECA;
CANONIGO EN LA ENTONCES COLEGIATA
DE SANTA MARIA DE GUADALUPE;
PRIMER OBISPO DE CUERNAVACA Y
DENODADO Y CERTERO DEFENSOR DE LA
GLORIOSA APARICION DE SANTA MARIA
DE GUADALUPE.

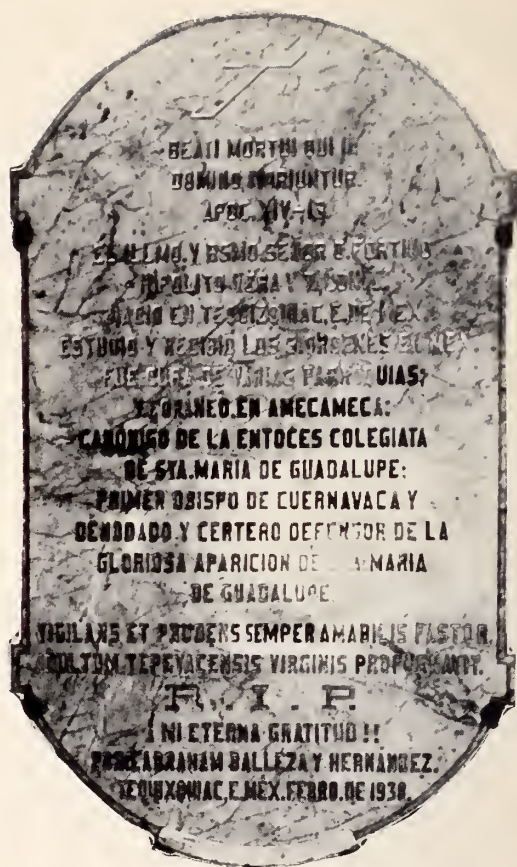
VIGILANS ET PRUDENS SEMPER AMABILIS PASTOR.
CULTUM TEPEYACENSIS VIRGO PROPUGNAVIT

R. I. P.

¡MI ETERNA GRATITUD!

PBRO. ABRAHAM BALLEZA Y HERNANDEZ

TEQUISQUIAC, E. DE MÉX. FEBRERO DE 1938.



voción a la Virgen de Juan Diego, su esfuerzo por defender su maravilloso Aparecimiento, su infatigable celo por difundir su culto y su empeño en averiguar todo lo referente a su prodigiosa Historia y a su ininterrumpida Tradición.

I.—*“Tesoro Guadalupano”*

Apareció este primer tomo en 1887, salido de su “Imprenta Católica” de Amecameca. Se trata de una recopilación extensa y completa de noticias históricas de los libros, documentos, inscripciones y todo género de impresos y manuscritos referentes a la His-

toria y a la devoción de Santa María de Guadalupe, dentro del primer siglo de sus Apariciones. El Excmo. Sr. Obispo de Querétaro, Dr. D. Rafael Sabás Camacho, en su carta del 20 de Octubre de 1887 le dice lo siguiente:

“Recibí el ejemplar de la obra que V. ha formado e impreso titulada: ‘Tesoro Guadalupano’, ‘Primer Siglo’. Me he impuesto detenidamente de todos los documentos que V. ha encontrado, relativos a la Causa Guadalupana, en el Primer Siglo, esto es, hasta 1631; y he quedado admirado de la laboriosidad y empeño con que V. ha encontrado ciento treinta referencias sobre dicho asun-

to, y algunas de ellas interesantísimas y decisivas pruebas del Milagro Guadalupano, en una época que se creía muda y silenciosa por completo. ¡Bendito sea Dios N. Señor por este feliz éxito de los trabajos de V.! Yo le felicito muy cordialmente y ruego a la Santísima Virgen premie, con su maternal protección, el mérito que V. tiene con esta obra tan laboriosa e importante”.

Don José de Jesús Cuevas, autor del libro “La Santísima Virgen de Guadalupe”, impreso en México el año 1887, escribió el prólogo para este primer tomo del “Tesoro Guadalupano”. Nos ahorra tener que formular alabanzas muy merecidas a Mons. Vera, por esta su obra que le granjeó el título de Benemérito de la Causa Guadalupana. Tan sólo nos limitaremos a copiar al pie de la letra unos párrafos que no requieren ulterior comentario. Y no será poco lo que tomaremos del referido prologuista, pues nos parecen interesantes muchos datos que aporta por primera vez y que no encontramos en ningún otro escritor, por haber éste conocido y tratado muchos años a nuestro ilustre biografiado. He aquí lo más sobresaliente:

“A la par el criterio y la piedad nacionales, han creído siempre que la maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, era el núcleo de la historia patria. Bajo el influjo de este sentimiento, sin duda es el suceso que más historiadores haya tenido. Han concurrido a historiarlo, lo mismo que las más altas ilustraciones y elevadas dignidades, la piedad más sencilla y las más humildes letras. La palabra viva de la elocuencia, el ritmo de la poesía, la frase muerta pero petrificada de la historia, y la voz que nunca se extingue de la tradición, se han adunado para grabar el suceso en el bronce sempiterno de la memoria humana. También han cooperado a eternizarlo, las melodías musicales, las páginas graníticas de los mo-

numentos y las imágenes casi vivientes de la pintura. Estaba casi terminado el grandioso edificio donde sería archivada la autenticidad del prodigioso acontecimiento: faltaba sólo para concluirlo la inmensa cúpula que debiera coronarlo. El ‘Tesoro Guadalupano’ es ese reñate ciclópeo del secular monumento historial de la Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe, en México.

“El ‘Tesoro Guadalupano’, obra escrita por el Sr. Presbítero D. Fortino Hipólito Vera y a la que servirán de prólogo estas humildes líneas, debiera denominarse más bien los ‘Tres Siglos Guadalupanos de México’, porque es en efecto la narración detallada y exactísima de cuanto ha acaecido con relación a la aparición y devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, desde el año de 1531 hasta nuestros días. Es el registro íntegro de cuanto ha habido en el curso de tres siglos relativo al asunto en que se ocupa: no se erigió templo ni se levantó ermita, no se decoró altar ni pintó imagen, no se entonó cantar o se predicó sermón, no se verificó procesión ni se realizó milagro, de que en esa obra, llena de erudición asombrosa, no se dé una noticia fiel y exactísima, fundada en las pruebas más sólidas y derivadas de las investigaciones más prolijas. Esa obra es como la historia de la historia misma, de la aparición, milagros y devoción a la Virgen Santísima del Tepeyac.

“Después de escrita la monumental obra del sabio sacerdote Sr. Vera, toda otra del mismo género, sería no sólo inútil sino imposible: agotó en ella la materia, abarcando todas las efemérides guadalupanas. Deberá ser continuada, pero no podrá ser mejorada ya. esa obra, por su propia naturaleza tan íntegra y tan plena.

“Al ser personalmente examinado por el Ilmo. Sr. Arzobispo de México el libro del Sr. Vera, para que previa su respetable apro-

bación fuese impreso y publicado, asombrado de tanta erudición, decía nuestro amadísimo Prelado, con esa bondad tan paternal que le es propia: 'El Sr. Cura Vera es una especie de Sr. Morelos de las letras, que está al mismo tiempo en muchas partes. Enarra los sucesos con una exactitud de contemporáneo, que tal parece que ha vivido en los tres siglos a que su libro se refiere'. La cariñosa frase del venerable Pastor de la Iglesia Mexicana es la más cumplida aprobación y el mejor elogio de la obra del virtuoso Vicario Foráneo de Amecameca.

"El 'Tesoro Guadalupano' es un tesoro en efecto, de piedad y de erudición. Supone una suma tal de trabajo, de constancia y de ciencia, que apenas es creíble que sea la obra de un solo hombre y de unos cuantos meses. La realización, bajo estas condiciones, de obra semejante, sólo puede uno explicársela, conociendo a su sabio autor y la purísima atmósfera de piedad y de quietud, de humildad y de ciencia en que vive.

"El Sr. Bachiller D. Fortino Hipólito Vera, es Cura Vicario Foráneo de Amecameca en el Arzobispado de México. Como es un verdadero sabio, es profundamente humilde, y como su humildad es sincera, ni es ni quiere ser conocido en el mundo de las letras, donde apenas puede percibirse la voz de la ciencia, casi siempre sofocada por los incesantes ruidos de la vanagloria. Acaba de merecer de parte de una de las más sabias publicaciones de Viena, los elogios más sinceros, una obra del Señor Vera que escribió hace más de tres años, y que a pesar de su relevante mérito, apenas si es conocida en el país. Sólo relativas a la Santísima Virgen de Guadalupe, el Sr. Cura Vera ha escrito cuatro obras, de las que el Tesoro Guadalupano, es la última. Esta será la más clásica, pero no será la más popular ni la más querida, pues siempre tendrá el primer lugar en el

corazón de los mexicanos la intitulada 'Milagros obrados por intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe', que no será el brillante más valioso pero sí la más bella margarita, entre los libros guadalupanos salidos de la pluma del Sr. Cura de Ameca.

"El Sr. Vera es uno de nuestros más fecundos escritores eclesiásticos. La 'Geografía y Estadística del Arzobispado de México', el 'Catecismo Histórico de la Iglesia Mexicana', la 'Historia del Tercer Concilio Mexicano', la 'Legislación Eclesiástica Mexicana', son entre otras obras suyas, tan estimables por la piedad, como por la sólida ciencia que revelan. La profundidad, la precisión y la sencillez, son las cualidades dominantes de su estilo.

"Por el fondo y por la forma, el Sr. Vera es sin duda uno de los más distinguidos escritores mexicanos. El carácter literario del Sr. Vera pudiera expresarse con exactitud y justicia en una sola frase. Como escritor, el Sr. Cura de Ameca, no tiene idea ociosa ni palabra inútil: es siempre discretamente rígido como la ortodoxia y dulcemente serio como la verdad.

"Y aún pueden esperar la Iglesia Mexicana y las letras nacionales, opimos frutos de su piedad y su talento, pues el Sr. Vera está apenas en la plenitud de su vida y en la naturalidad de sus facultades intelectuales. Apenas pasa de cincuenta años y recibió de la naturaleza una constitución robusta y sana. Aunque se le mira algo marchitado por las austeridades, las fatigas de su ministerio y las vigiliass del estudio, en la vivacidad de su mirada y la firmeza de su marcha, se adivinan esas corrientes interiores de vitalidad enérgica que las buenas costumbres conservan, y avivan los aromas de incorruptibilidad de la virtud que es como un bálsamo misterioso de longevidad.

"Hijo de padres más ricos en virtudes que

en fugaces bienes de fortuna, el Sr. Vera nació en un pueblo pobre, y respiró en su infancia las auras saludables del campo y de los santos ejemplos de una familia humilde y piadosa. Comenzó a estudiar desde temprana edad y pronto siente una vocación manifiesta para el estado sacerdotal. En el antiguo colegio de San Juan de Letrán cursó filosofía, con singular aprovechamiento. Cursó también derecho civil y canónico.

“Cuando concluídos sus estudios teológico-morales en el Seminario Conciliar de México el Sr. Vera fue ordenado de presbítero, primero en calidad de vicario y después de cura de almas, se le destinó al servicio de varias parroquias foráneas del Arzobispado de México. En todas se distinguió por su celo y su modestia, y fue entrañablemente querido, como lo es ahora en Ameca, cuya Vicaría Foránea sirve hace diez y nueve años.

“Dichosos, decía Fenelón, los pueblos que carecen de una historia interesante. Feliz el Sr. Vera en cuya biografía no se narrarán las tristes peripecias del error y las pasiones: su vida toda se ha deslizado pura y mansa, como un arroyo de virtud.

“Es inexplicable cómo el siempre afanado Vicario Foráneo de Ameca, puede escribir libros que por la gravedad del asunto y la trascendencia de la doctrina, exigen antes que todo, meditación y reposo. Constantemente se puede observar sobre su mesa de trabajo una página sin concluir, un párrafo interrumpido por una visita inesperada o por un quehacer repentino. No tiene una hora sin faena, y sin embargo, su fecundidad literaria no descansa ni se agota. Ha encontrado el secreto de multiplicar el tiempo no perdiéndolo, y de conservar en medio de la agitación la tranquilidad con no disipar su espíritu. Siendo en caridad y por caridad, obrar, rogar y pensar, todo es lo mismo, todo es oración, decía San Agustín,

“Es de creerse, que sus propios aunque escondidos méritos, eleven tarde o temprano al Sr. Vera a más altos grados de la jerarquía eclesiástica. Motivo sería éste, a la vez de tristeza y de júbilo: de plácemes estarían los fieles y de pésame las letras. El Sr. Pío IX creía que el Abate Gaume era la cabeza más pensadora de la Francia, y por eso mismo nunca la quiso para mitrarla, sino sólo para que pensara. En nuestra historia eclesiástica es todavía una duda, si al primer escritor de América, al Ilmo. D. Clemente de Jesús Munguía, mejor le hubiera estado quedarse de simple presbítero como el insigne Balmes.

“Si el Sr. Vera por cualquier motivo tuviera que ausentarse de Ameca, difícilmente se consolaría de esa ausencia, una amistad tal leal como profunda, que siempre ha encontrado allí una alcoba en la hospedería, un asiento en la mesa, un consejo en la duda, un aliento en el desmayo y un rincón de sincero afecto en aquel tan noble como sencillo corazón. . . No se comprende cómo un Cura Católico puede ser odiado y perseguido. No serían otra cosa los ángeles si se humanaran. Siempre fue conmovedor y sublime el edificante espectáculo de un varón virtuoso y sabio, guardador de la verdad sobre la tierra”.

“México, Noviembre 25 de 1889.

“JOSÉ DE JESÚS CUEVAS”

II.—“*Tesoro Guadalupano*”

Dos años después, en 1889 publicó el segundo tomo y no haremos más descripciones acerca de tan precioso libro. Basta copiar aquí la carta del Excmo. Sr. Obispo de Querétaro que le dirigió el 18 de Diciembre de 1889 y que dice así:

“He recibido el ejemplar del “*Tesoro Guadalupano*”, 2o. Siglo, que V. tuvo la bondad de mandarme, obsequiándome con tan pre-

cioso libro: agradezco como es debido tan valioso regalo y le doy las más expresivas gracias. Este libro, así como el primer tomo del 1er. Siglo, es una verdadera Torre de David, donde se encuentran todas las armas para defender la Causa Guadalupana.

Trescientas treinta y cuatro referencias (más 130 del primer tomo), donde se hallan datos muy curiosos e importantes, me han dejado admirado de la paciencia y laboriosidad que V. ha empleado para compilarlas. Reciba V. mis parabienes, por el mérito que ha adquirido delante de Dios N. S. con este nuevo libro, que la Santísima Virgen tendrá cuidado de premiar. *Qui elúcidant me vitam aeternam habebunt.* Que V. se conserve bueno desea su afmo. amigo que lo ama y bendice”.

“Informaciones Guadalupanas”

Otro de sus en verdad trascendentales libros guadalupanos es el intitulado “Informaciones Guadalupanas recibidas en 1666 y 1723”. Yo estimo que si Mons. Vera no hubiera escrito, como escribió tantos otros libros de suma importancia guadalupana, bastaría éste solo para catalogarlo como el más eximio investigador de la historicidad sobre las Apariciones de la Virgen a Juan Diego en el yermo Tepeyac, en las postrimerías del siglo XIX. Ambos documentos plenos de Guadalupanidad eran desconocidos. Del primero sólo conocíamos las citas hechas por el P. Florencia en su clásica “Estrella del Norte” publicada en 1688 y casi nada del segundo.

“Entre los documentos más importantes para la *Historia de la Milagrosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe* —afirma el mismo Sr. Vera en la introducción—, descuellan las Informaciones recibidas sobre la materia en la Curia Eclesiástica de México, hacia los años de 1666 y 1723.

Tales Informaciones —continúa diciendo—, con todas las historias y documentos que se presentaron a la Santa Sede en uno y otro siglo, movieron a la Santidad del Señor Benedicto XIV, tan versado en asuntos de canonización de los santos, a expedir en 24 de Mayo de 1754 las letras NON EST EQUIDEM, confirmando el patronato Guadalupano, y a componer por sí mismo el Oficio Divino para celebrar la Aparición, desechando varios Evangelios que se le propusieron, eligiendo el que le pareció mejor al intento, formando la oración propia y haciendo resonar desde el solio pontificio el NON FECIT TALITER OMNI NATIO- NI.

“La Milagrosa Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe”

La imprimió en su Parroquia de Amecameca, en 1890. Su fin no fue otro que defender el Milagro del Tepeyac, comprobándolo por un documento del siglo XVI, contra los enemigos de tan asombroso acontecimiento. Contiene 34 capítulos en 348 páginas. En ellas expone la Información de oficio hecha en 1556 por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Alfonso de Montúfar, segundo Arzobispo de México, contra el P. Fr. Francisco de Bustamante, Provincial del Santo Evangelio en la Nueva España, por haber impugnado desde el púlpito de su convento la devoción de la Santísima Virgen de Guadalupe, aprobada por la autoridad diocesana.

“Tal proceso —afirma Mons. Vera en la introducción— no sólo disipa como el humo el argumento del silencio de los primeros cronistas franciscanos, que tanto han explotado los desafectos a la Aparición, sino que examinados los motivos que tuvieron para guardarlo, se hallará en ellos una prueba del Milagro.

*“Contestación Histórico-Crítica
en Defensa de la Maravillosa
Aparición de la Santísima Vir-
gen de Guadalupe”.*

Se publicó en Querétaro el año de 1892, contestando al anónimo intitulado: “*Exquisitio Histórica*”, y a otro anónimo también que se dice “Libro de Sensación”. Para justipreciar esta obra voluminosa, nada menos que de 718 páginas, es necesario analizar un poco el motivo por el cual la escribió. Lo haremos aunque sea tan sólo a grandes rasgos, en obsequio de la brevedad.

El Lic. D. José Antonio González escribió un opúsculo denominado: “Santa María de Guadalupe, Patrona de los Mexicanos. La Verdad sobre la Aparición de la Virgen del Tepeyac”. Envío en 1883 los originales al Excmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos para sujetarlos a la censura eclesiástica y obtener la licencia de su publicación. El Prelado envió dichos originales al historiógrafo D. Joaquín García Icazbalceta solicitando su opinión.

Rehusó D. Joaquín externar su juicio, con el pretexto de que no era teólogo ni canonista. Pero tanto insistió el Arzobispo que a regañadientes aceptó, ya que se lo pedía el superior rogándole como amigo y mandándole como prelado. A más no poder escribió pues en el mismo año 1883 su famosa: “Carta acerca del origen de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México”, negando, por supuesto, sus Apariciones. Ni siquiera examinó la obra manuscrita del Lic. González, que se publicó un año después, o sea, en 1884 en Guadalajara.

Aunque la carta era privada, sin embargo, el mismo D. Joaquín se dejó copias que mostró a sus amigos. Obtuvo una copia ín-

tegra D. José María de Agreda y Sánchez, abogado muy distinguido que pasó su vida metido en las bibliotecas. Subrepticamente la copió y tradujo en latín macarrónico el Canónigo de Guadalupe D. Vicente de Paul Andrade y se atrevió a publicarla toda desfigurada en 1890, con el título de EXQUISITIO HISTORICA, quitándole su forma epistolar y mutilándole cuanto le pareció.

A este anónimo andradesco contesta Mons. Vera, traduciendo al castellano párrafo por párrafo todas las impugnaciones, que dividió en largos 219 capítulos. Primero transcribió el texto latino, luego lo tradujo y finalmente lo impugnó, desmenuzando todas las objeciones con admirable erudición e inagotable paciencia. Por haber salido tan voluminoso este libro bilingüe, dijo Don Joaquín que lo había leído a picotazos. Y cuando Andrade tuvo en sus manos un ejemplar, maestro consumado en triquiñuelas, se atrevió a publicar por separado tan sólo la traducción española, SIN LAS CONTESTACIONES, bajo el siguiente kilométrico título:

“EXQUISITIO HISTORICA. Anónimo escrito en latín sobre las Apariciones de la B. V. M. de Guadalupe. Traducido al español por Fortino Hipólito Vera, canónigo de la insigne y nacional Colegiata de Guadalupe, socio de número de la Sociedad de Geografía y Estadística, honorario de otras sociedades científicas y literarias. Segunda Edición. Jalpa. Tipografía Talonia, 1893”.

El inquieto y travieso Andrade, para destantar a los lectores, apunta el nombre de Jalpa, como lugar de su impresión.

Jalpa es un nombre geográfico correspondiente a muchos pueblos, ranchos, haciendas y barrios de no pocos Estados de la República y del mismo Distrito Federal. Eso de “segunda edición” sólo fue un capricho andradesco, pues nunca hubo primera. Su mar-

cado fin era desorientar al público. Y como si esto fuera poco, hizo arbitraria y burlescamente un anagrama fonético del segundo apellido de Mons. Vera, Talonia, para significar: "No hay tal".

Los poco avezados en Historia Guadalupeña podrían suponer que tan descabellado impreso lo había publicado en verdad Mons. Vera, por su propio gusto, ya que aparecía calzado por su firma y avalado por sus títulos de las sociedades científicas y literarias a las que pertenecía. Mucho sufrió con esta imperdonable diablura de Andrade, personaje singular y extravagante que mucho gozaba ridiculizando con estos enredos al virtuoso y edificante canónigo preconizado un año después primer obispo de Cuernavaca.

Mons. Vera se vio justamente obligado a protestar contra tan exorbitante, inaudita y desvergonzada impostura, sin saber que su autor era otro canónigo y compañero de coro en la propia Colegiata, y que por lo mismo se veían todas las mañanas y todas las tardes en el rezo del Oficio Divino. La carta fechada el primero de Enero de 1894, en que protestaba contra el andradesco impreso apareció en *EL TIEMPO*, periódico que dirigía D. Victoriano Agüeros, y en otros muchos que circulaban en aquel entonces.

Para que nuestros lectores comprendan de una vez por todas la clase de trastadas que hacía el psicopatológico D. Vicente de Paul Andrade, apuntaremos que cuando el Cabildo de Guadalupe, dirigió al Señor Arzobispo de México el 29 de Julio de 1896, su enérgica protesta por la publicación de la Carta de D. Joaquín y de su oculta y subterránea traducción latina hecha por el propio Andrade, encabezaba éste la dicha protesta por ser en aquel año —inexplicable y dolorosa ironía— presidente del Venerable

Cabildo de Guadalupe. Así que siendo el autor del anónimo antiaparicionista tuvo que protestar contra sí mismo, firmando el escrito de reprobación en primer término y después los demás canónigos integrantes del mencionado Cabildo.

El mismo Andrade mandó imprimir otro anónimo anunciado como "Libro de Sensación", con este título: "Ciertos Aparicionistas, obrando de mala fe: 1o. inventan algunos episodios; 2o. desfiguran otros, y 3o. mancillan las reputaciones mejor sentadas". Lo fechó Andrade en Cuilapan el 22 de Junio de 1890. Le gustó el nombrecillo de Cuilapan, población de Oaxaca, para poder atribuir mendazmente al ya difunto P. Eutimio Pérez, sacerdote de la Diócesis Oaxaqueña, el referido Libro de Sensación. Andrade no perdonaba ni a los muertos. Con razón escribió el Dr. Nicolás León: "Todo este escándalo antiguadalupano lo armó el canónigo Andrade con la colaboración de Agreda, Troncoso, el cura Icaza, y embarraron en el chisme a cuantos pudieron, vivos y difuntos".

También a este anónimo contesta Mons. Vera en este documentado libro que admira por la rapidez con que lo escribió y por la enorme cantidad de citas históricas que apunta. En verdad, Mons. Vera es un coloso de la Guadalupeñidad y tiene ganado el título que le dieron sus contemporáneos de Benemérito de la Causa Guadalupeña.

Nota. En próximo estudio guadalupano sobre Mons. Vera, hablaremos de sus Cartas Pastorales y de sus Edictos Diocesanos, también impregnados de Guadalupeñismo; y de su inédito *EPISTOLARIO GUADALUPANO* de 1,000 páginas, por el cual comprobamos que se carteaba con aparicionistas, y antiaparicionistas, a quienes trataba con sumo tacto, gran delicadeza y notoria bondad.

El Dr. Vera Preconizado Obispo de Cuernavaca

Por JOSÉ TRINIDAD SÁNCHEZ SANTOS
(*La Voz de México*, julio 7 de 1894).



Don Trinidad Sánchez Santos, guadalupano ferviente, autor de estos dos artículos sobre la preconización y sobre la muerte de Mons. Vera.

A NOCHE recibió el Ilmo. Señor Arzobispo de Méjico el cablegrama en que se le participa, oficialmente, haber sido preconizado Obispo de Cuernavaca el Sr. Canónigo Dr. D. Fortino Hipólito Vera.

La Iglesia Mejicana está de plácemes. La excelsa causa de la divina Reina del Anáhuac ha obtenido un triunfo más, un triunfo hermosísimo, cuando la Santa Sede elige para

primer Obispo de la nueva Diócesis al guadalupano por excelencia, al infatigable apolo-gista de las glorias del Tepeyac; al polemista que, con mayores alientos y más nobles armas, ha forcejeado con el sofisma y la tenaz animadversión de los antiguadalupanos; el escritor, en fin, que en este siglo ha llenado mayor número de páginas con la defensa, apología y meritísima investigación de la causa guadalupana.

Y ¿en qué momentos brilla ese triunfo? ¡Oh coincidencia admirable! En los momentos en que se preparan las grandes y suntuosas fiestas con que México va a celebrar la otra insigne victoria: la concesión del oficio litúrgico especial de Nuestra Señora de Guadalupe.

Tal parece que León XIII, el gran Pontífice de los tiempos modernos, el hombre del maravilloso acierto, que atiende a cada nación como si fuera la única puesta bajo su amparo y gobierno, ha querido acumular en un solo día las paternas y magníficas pruebas de su amor a esta tierra mejicana; de su respeto a la tradición cuatro veces secular de Guadalupe; de su inmensa devoción a la Reina de los cielos y, muy particularmente y con notorio tacto, de la parte que toma en el profundo amor, veneración y esperanzas que el pueblo de Méjico cifra en Santa María de Guadalupe.

En confirmación de tal sentimiento, que provoca inmensamente la gratitud de Méjico, el Padre Santo ha preconizado primer Obispo de Cuernavaca a un escritor eminente

temente guadalupano; el eclesiástico que, en la esfera editorial, representa la causa guadalupana en nuestra época.

He ahí el triunfo que ha llenado de incomparable regocijo nuestro corazón.

Ninguno de nuestros amigos lo ignora: para el Señor Vera somos de casa. Nosotros lo consideramos como el hermano mayor, que toma la delantera en el camino del estudio, que lee en voz alta en la hora de la reunión de familia. Por eso, apenas puede caber la alabanza en estos renglones. Por eso, pese a nuestro júbilo, tenemos que dejar a otros, a los extraños, el panegírico del nuevo Obispo.

Mas, ¿por qué no decir algo de lo que todo el mundo sabe; por qué no recoger de las conciencias la parte de justa alabanza que rebosa?

El Padre Santo ha hecho una gran justicia, que inició el bueno, el sabio, el perspicaz e Ilmo. Señor Labastida.

El halló al Dr. Vera en un pueblecillo de la tierra caliente: Totolapan; de esa tierra caliente que hoy va a ilustrar con sus luces y sus virtudes. Allá estaba el modesto cura, el hombre humilde que jamás ha aspirado a otra cosa que a registrar libros, a trajinar en bibliotecas, a libar la miel del pergamino, como infatigable abeja de la sabiduría.

El ojo vivaz del gran Prelado, aquella pupila azul en que relampagueaba la más delicada sagacidad, acostumbrada a taladrar y penetrar hasta los corazones, advirtió en el cura de Totolapan un hombre superior, enterrado bajo muchas capas de inmensa modestia, de humildad apostólica y de excepcional amabilidad. Y desde luego lo trasladó, de aquel curato, uno de los más insignificantes de la Diócesis, a Amecameca, acaso el primero de todos.

¡Espléndida vida! Cielo, el cielo de zafiro de Carpio; aire oxigenado por los más den-

sos, y verdes, y exuberantes pinales del Anáhuac; luz deslumbradora, reverberante en el enorme alabastro de los volcanes; luz intensa, tan irradiante como la necesitaban los ojos para escarmenar aquellas filigranas de notas, aquellos hormigueros de manuscritos, que parecían el rastro de infinitas peregrinaciones de insectos, el rastro de las libélulas del pensamiento sobre el mapa inmenso de la ciencia; silencio profundo: el templo de la meditación: el silencio que permitía al benedictino percibir el roce del átomo en el planeta del misterio.

Tranquilidad inefable de espíritu, la íntima, la que da la vida sin mancha; el respeto profundo de los feligreses; el cariño de todos; el pan de la propia mesa que comen muchos pobres; el dolor que entró a casa desesperado y sale lleno de consuelos; la orfandad que entró llorando y salió con los ojos alegres, con la mirada rejuvenecida, con la fresca lozanía de la rosa que mojó el llanto de la aurora y calentó un sol vivificante; ausencia de visitas —moscos del estudio—; una docena de periódicos todos los días; una carta cada año y una carretada de libros cada semana.

¡Espléndida vida!

Así formó el Dr. Vera una de las erudiciones más vastas que cuentan las letras patrias, una de las mejores bibliotecas de Méjico y uno de los corazones más sanos que posee hoy la humanidad.

Cuando se estrenó el ferrocarril, Ameca se hizo el paseo de moda, y el señor Vera quedó cortado de vida tan hermosa: le caía la nube de visitas, que lo sacaron de aquella catacumba que él horadaba al través de la ciencia. Sin embargo, estimó la ocasión, porque ella le permitía conferenciar con hombres de estudio, cuyas visitas le complacían. Los partidos políticos han hecho siempre de

él una excepción. De ahí que lo visitaran sabios de todas las opiniones.

Altamirano, por ejemplo, tenía especial gusto en hacerle visitas y hablar con él de historia de México. Le hablaba de tú, eran condiscípulos, no obstante, respetaba en él profundamente el carácter sacerdotal.

También fueron allá Guillermo Prieto, el Sr. Troncoso (actual Director del Museo), el sapientísimo bibliófilo Don José Ma. de Agreda, Don Tirso de Córdoba y otros muchos, que veraneaban en la biblioteca del Párroco.

Y entonces fue cuando la fama de sabiduría de éste comenzó a invadir el mundo literario.

Las visitas sacaron del rincón de la librería a aquel nombre oscuro, y lo lanzaron a la admiración de cuantos estudian.

Un día llegó a Ameca la peor noticia que podía llegar para el cura y los feligreses: el Dr. Vera había sido nombrado Canónigo de la Colegiata.

El Señor Labastida, admirable en eso de atraer o retirar a los hombres, había dejado que el párroco de Ameca sezonara allá sabiduría, en medio de tan magníficos elementos, pero creyó llegado el momento de transplantarlo a la Metrópoli, para que el fruto fuera más abundante, en el clima de la corte, en esta latitud de la publicidad, del estímulo, de la conferencia, tan necesaria para las letras.

¡Qué de memoriales, qué de embajadas, qué de súplicas, para retirar el nombramiento!

Mas todo fue inútil.

¡Y cuánta razón tuvo el sabio Arzobispo! La Sabiduría del Sr. Vera halló aquí otro teatro, y comenzó a producir los mejores frutos, los mejores libros de ese erudito. Bastaría uno solo para glorificarlo: el libro de re-

futación al mezquino libelo llamado "Libro de sensación", propalado y enviado a Roma para menoscabar la devoción guadalupana.

Los Obispos fijaron sus miradas en escritor tan laborioso, benéfico, devoto y circunspecto, y prodigáronle constantemente demostraciones de profunda estimación. Fue, entre otras, haber sido nombrado cronista del Concilio de Oajaca, cuya historia escribió en un infolio.

A su vez, las sociedades científicas le hicieron presente su adhesión. La Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística lo eligió Socio de número, y le ha confiado importantes comisiones. En la misma noche del jueves, a la hora en que se recibía en el Arzobispado el telegrama de la preconización, el Sr. Presidente de la Sociedad de Geografía nombraba al Sr. Vera para producir dictamen sobre una importantísima obra de Geografía, libro inédito, que se presentó a aquella corporación para su examen, por uno de los más acreditados socios.

Poco a poco fue llegando hasta León XIII la fama del Doctor Vera, como hombre de vasto estudio, de excepcional prudencia, de edificantes costumbres y de envidiable vocación para la defensa de la más hermosa causa patriótico-religiosa que puede militar en Méjico.

Ha un año, el Dr. Vera recibió carta del Emmo. Cardenal Rampolla¹ anunciándole que el Santo Padre pensaba en él para ceñir la mitra de Cuernavaca. El Pontífice mandó formar lo que en el tecnicismo canónico se llama proceso, es decir, una información acerca de los antecedentes, aptitudes y cualidades del candidato.

Satisfecho del resultado, ayer —repetimos— preconizó al Señor Vera, primer Obispo de Cuernavaca.

¹ Secretario de Estado de S. S. León XIII.

Con profundo júbilo felicitamos al nuevo Pastor y a la nueva Diócesis.

Se ofrece al primero un vasto campo para hacer fructificar en los corazones el ejemplo de sus virtudes. Se ofrece a la segunda, preciosa ocasión de aprovecharlas e imitarlas.

Y... ¿por qué no decirlo? Felicitamos también con la más honda veneración, a la Madre Santísima, a la excelsa Mejicana,

porque ha condecorado espléndidamente al infatigable adalid, al buen soldado, al centinela experto y fiel, que custodió con valor intachable, con vigilancia sin tregua, con asiduidad que ocupa dos tercios de su vida, el Santuario del Tepeyac, ese hogar de los mejicanos, ese asilo de la gran familia, ese cielo de las esperanzas que nunca se eclipsan y de los consuelos que nunca se agotan.

El Fallecimiento del Ilmo. Señor Obispo de Cuernavaca

(*La Voz de México*, septiembre 23 de 1898).

Ayer, jueves, a las 8 y 30 minutos de la mañana, pasó a la vida eterna el alma piadosa, humilde y justa del Ilmo. y Revmo. Señor Dr. D. Fortino Hipólito Vera, Dgmo. Obispo de Cuernavaca.

Era apenas ayer cuando celebrábamos, con júbilo intensísimo, la justicia hecha por la excelsa Patrona de Méjico, al caer con la Mitra de la nueva Diócesis la frente del insigne apologista guadalupano; hoy tenemos que apartar las lágrimas de los ojos para escribir estas frases, arrancadas penosamente al idiotismo del dolor que oprime nuestro espíritu.

¡Oh Padre, que nos diste la vida preciosa del buen ejemplo; que aglomeraste en tu corazón, para nosotros, todo el cariño, y la indulgencia, y la caridad de que es susceptible la amistad en la tierra; que nos llevaste ante los altares² en el acto más solemne y

decisivo de la felicidad humana; que hiciste tuyos nuestros dolores y alegrías!

¡Oh Padre, en quien nunca vimos asomar las miserias del barro del hombre; oh Padre humilde, predilecto de los humildes, apasionado de los humildes! ¡Oh Padre bueno, insondablemente bueno, que alcanzaste ése, el más alto título y la más elevada belleza del cristianismo; tú bien supiste que, cuando murieras, la palabra se helaría en nuestros labios, impotentes para expresar el dolor!

Y nosotros lo sabíamos como tú; y nos hallamos ante este papel que, como un acreedor inexorable de gratitud, nos pide el pago de una cuenta inmensa, abrumadora, terrible. Porque terrible es el dolor que se hace tiniebla, el llanto que se hace estupidez, el grito que se petrifica en el corazón, el torrente de ayes que se queda en el pecho sin hallar por dónde escaparse.

Y esa angustia es superior a todos los recursos de las letras, a todos los mezquinos artificios de la fama, a todos los impulsos del deber, a todos los esfuerzos de la voluntad.

Nada podemos decirte.

² Trinidad Sánchez Santos y su esposa, Dña. Soledad Seoane de Sánchez Santos, habían recibido la bendición nupcial de mano del Ilmo. Señor Vera, en la iglesia del Carmen, de la ciudad de Puebla, el 30 de octubre de 1896.

Esta deuda la está pagando ya Aquella en quien nos amaste y favoreciste a tantos; Aquella que fue el sublime asunto de tus más afanosos desvelos; Aquella cuyas glorias exaltaste a lo más alto del cielo de tu patria; Aquella que te valió las más hondas amarguras y las más dulces complacencias de tu vida; Aquella que atesoraste en tu espíritu limpio y cristalino, y recibió día a día, y hora por hora, los más puros aromas de tu alma; Aquella que te juzgó digno de una prueba de maternal gratitud, violentando tu

humildad y elevándote a la plenitud del Sacerdocio, cuando nada esperabas ni pretendías, cuando aún no se secaban las lágrimas que vertiste al abandonar el humilde rincón de la aldea; Aquella, en fin, cuyo nombre era la primera palabra de tus días y la última de tus noches.

¡Oh Madre de Guadalupe: en tus manos encomendamos esta deuda santa e imponderable!

¡Por nosotros y por los demás huérfanos: págala Tú!



Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera y Talonia, Primer Obispo de Guernavaca. (Original en la Parroquia de Tequisquiac, Estado de México, su tierra natal).

CLERO DIOCESANO

ORDENACIONES (entre ellas DIEZ SACERDOTALES) ADMINISTRADAS POR EL PRIMER OBISPO DE CUERNAVACA DURANTE SU PRIMER AÑO DE GOBIERNO 1894 - 1895

7/10, 1894	Tepoztlán	Tonsura	José Inés Anastasio Rocha
14/10, 1894	S. I. Catedral	Ordenes Menores	J. I. A. Rocha, Conrado Navarro (1)
21/10, 1894	S. I. Catedral	Subdiaconado	J. I. A. Rocha, C. Navarro
22/10, 1894	Guadalupe	Tonsura	Florencio Arizmendi, Valentín Martínez
?	?	Diaconado	J. I. A. Rocha, C. Navarro
8/3, 1895	Cuautla	Tonsura	Ladislao Aviña
		Ordenes Menores	F. Arizmendi, V. Martínez, L. Aviña
9/3, 1895	Cuautla	Subdiaconado	F. Arizmendi, V. Martínez.
		<i>Presbiterado</i>	J. I. A. Rocha, C. Navarro, Eliseo Espinosa (2)
30/3, 1895	S. I. Catedral	Diaconado	F. Arizmendi, V. Martínez
6/4, 1895	Oratorio	Tonsura	Enrique Bravo G.
?	?	Ordenes Menores	E. G. Bravo
13/4, 1895	Oratorio	Subdiaconado	José Ortega (3)
		<i>Presbiterado</i>	F. Arizmendi, V. Martínez
5/5, 1895	Oratorio	Subdiaconado	L. Aviña
		Diaconado	J. Ortega
12/5, 1895	Oratorio	Subdiaconado	Rafael Quevedo (3)
?	?	Diaconado	L. Aviña
22/5, 1895	Totolapan	Diaconado	R. Quevedo
		<i>Presbiterado</i>	L. Aviña, J. Ortega
8/6, 1895	Tlayacapan	Subdiaconado	E. G. Bravo
		<i>Presbiterado</i>	R. Quevedo
29/8, 1895	Oratorio	Tonsura	Marclo Fabián Rodríguez
30/8, 1895	S. I. Catedral	Ordenes Menores	M. F. Rodríguez
		Subdiaconado	Casto Rodríguez y Suárez (3)
		Diaconado	E. G. Bravo
21/9, 1895	Oratorio	Ordenes Menores	Miguel de Jesús María Vélez (1)
22/9, 1895	S. I. Catedral	Subdiaconado	M. F. Rodríguez
		Diaconado	C. Rodríguez y Suárez
30/11, 1895	S. I. Catedral	Diaconado	M. F. Rodríguez
		<i>Presbiterado</i>	E. G. Bravo, C. Rodríguez y Suárez

NOTAS: (1) Llegó Tonsurado. (2) Llegó Diácono. (3) Llegó Menorista.

La fuente de esta información es el "Libro 1o. de Gobierno", existente en el Archivo Episcopal.

SERGIO MÉNDEZ ARCEO



BALCON DE *nuestras* Lectores

Evocación de un Guadalupano Eminente

Por BALTASAR LÓPEZ BUCIO

MI INTENTO no es agotar la materia que el título reclama. Ha llegado el momento de evocar la humilde y sabia figura del Excmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera. Es necesario reducir el compromiso contraído por la Diócesis sobre la tumba de su primer Pastor.

El pasado Septiembre cumpliéndose el sexagésimo Aniversario de su muerte. Todavía no contamos con una biografía definitiva ni con una bibliografía crítica de este meritisimo guadalupano. Por doble título —gratitud a la santa memoria del prelado; honor a nuestro hondo guadalupanismo de tradición—, esta labor atañe más imperiosamente a los morelenses...

— I —

Parecía que aquel Cura Vicario Foráneo de Amecameca se nos iba a escabullir del mundo de las Letras. Apenas si era conocido en nuestro País, cuando “una de las sabias publicaciones de Viena” hacía “los elogios más sinceros” a una obra suya¹. No hay dolencia más punzante para la verdadera sabiduría —él la consejó siempre— que los “incesantes ruidos de la vanagloria”.

¹ Lic. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS; prólogo al “Tesoro Guadalupano”, Amecameca, 1887, pág. IV.

Si el erudito escritor no se ocultó definitivamente, lo debemos a la borrasca antiaparicionista de fin de siglo. En esta época surge un grupo de escritores guadalupanos. El Ilmo. Sr. Vera les aventaja “por su documentación”². Con la inalterable probidad del apologista sólido y poderoso sale a blandir espadas —pacientemente— por los fueros de Santa María de Guadalupe.

Deja, también, su huella en otros campos. Mucho antes del primer volumen de su “Tesoro Guadalupano” (1887) había publicado “La Geografía y Estadística del Arzobispado de México”, el “Catecismo Geográfico-Histórico-Estadístico de la Iglesia Mexicana” (1881), la “Historia del Tercer Concilio Mexicano” y la “Legislación Eclesiástica Mexicana”; además tres obras sobre la Virgen de Guadalupe.

Doble mérito encierran las publicaciones del Sr. Cura de Amecameca: descubren al celoso párroco escamoteando las escasas horas libres de su penoso ministerio para llenarlas de cuartillas; los mismos jóvenes del pueblo se hacen cargo de la impresión en los talleres del “Colegio Católico” fundado por él.

² MARIANO CUEVAS, S. J.; “Historia de la Iglesia en México”, El Paso, Texas, U. S. A. 1928, T. V., pág. 416.

Las obras son tipográficamente incorrectas; todas, de un contenido singular. Los dos volúmenes de su “Tesoro Guadalupano”, verdadero “Tesoro de piedad y erudición”, son síntesis monumental de “todas las efemérides guadalupanas” de tres siglos³. Otra obra del mismo género es substancialmente imposible.

Padece errores por carencia de método histórico en la selección documental. Notable mérito suyo es la exhumación de las “Informaciones Guadalupanas” de 1666 y 1723, editadas en 1890; poderosas armas documentales para la gestión del Segundo Oficio Guadalupano. De ellas sólo se conocía el fragmento publicado en “La Estrella del Norte” (Madrid, 1785).

Contra las impugnaciones de “fuente andrágica” opone el Dr. Vera su “Contestación histórico-Crítica” (Querétaro, 1892). “Incorpora —allí— párrafo por párrafo, todo el texto latino de la *Exquisitio*, traduciénolo al castellano y ofreciendo frente a frente la refutación respectiva. No puede darse honradez controversial más absoluta, ni más seguridad en la eficacia de la respuesta a las objeciones”⁴.

Tuvo que sufrir esta espina: un “estrafalario y tumultuoso” antiguadalupano extrajo la traducción española hecha por el Sr. Vera publicándola bajo el título de: “*Exquisitio Histórica*. Anónimo escrito en latín sobre las apariciones de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe. Traducido al español por Fortino Hipólito Vera, Canónigo de la insigne y nacional Colegiata de Guadalupe, socio de número de la Sociedad de Geografía y Estadística, honorario de otras sociedades científicas y literarias. Segunda edición. Jalapa. Tipografía de Talonia”. (Talonia: ape-

llido materno del Dr. Vera y “anagrama fonético de ‘no hay tal’”). ¡Cobarde injusticia! Nunca, sin embargo, llegó a quejarse el Sr. Congo. Vera de estas y otras afrentas cometidas contra su persona. La guerra documental —emprendida siempre con la nobleza del “erudito serio y sólido”— le ocasionó “las más hondas amarguras”.

II

Elevado al rango de Canónigo de Guadalupe, en México —por una indiscreción— se llegó a saber su candidatura al Episcopado. Los antiaparicionistas, atisbando en tal elección un triunfo para la Causa Guadalupana, “movieron cielo y tierra” para impedir que aquel apologista de Nuestra Maravilla empuñara el Báculo Pastoral de la Diócesis de Cuernavaca.

Llega 1894. Todavía no tiene Pastor la nueva Sede. Anónimos enviados a Roma, “habían emborrascado” la promoción del Dr. Vera. “Muchos escritos, de ellos no pocos calumniosos —escribe el Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Plancarte—, llegaron a Roma cuando yo allá estaba, y la nunca desmentida prudencia y circunspección de la Santa Sede, hizo que se aplazara el nombramiento hasta que las cosas se pusieran en claro”⁵. ¡Providencial contingencia! El P. Plancarte —inmediato sucesor del Excmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera— vindica en Roma a este varón “discretamente rígido como la ortodoxia”.

Dedicado el primero, por encargo de su tío —el olvidado Abad D. Antonio Plancarte—, a la gestión de un Nuevo Oficio Guadalupano, aprovecha su estancia en Roma, para “sacar al futuro Obispo de Cuernavaca del

³ Lic. J. J. C.; *Op. cit.*, pág. III.

⁴ ALFONSO JUNCO; “El Milagro de las Rosas”, Editorial Jus, México, 1958, pág. 85.

⁵ FRANCISCO PLANCARTE Y NAVARRETE; “Don Antonio Plancarte y Labastida”. México, 1914, pág. 444.

atolladero en que lo habían metido sus gratuitos enemigos”⁶. Sobre “la emborrascada” escribióle su tío en estos términos: “En cuanto a Cuernavaca, hasta lloró el Sr. Arzobispo (Metropolitano), refiriéndome la negrura del corazón de los calumniadores acérrimos del Sr. Vera. Yo creo que todos los guadalupanos lo desean. Ve a ver si enderezas ese entuerto, dando a conocer a esos pájaros, por medio de las cartas que te adjunto, donde consta su afición a los anónimos. . .”⁷.

El P. Plancarte conjuró la “tempestad” valiéndose del Cardenal Mazzella y del “conocimiento que tenían de mí los otros cardenales. . .” Inmediatamente se puso a trabajar “con empeño y ardor, no sin muchos pasos y muchas vueltas” a la Secretaría de Negocios Eclesiásticos hasta “deshacer” las acusaciones. Ya el 12 de mayo pudo escribir a su tío “que el Sr. Vera sería preconizado. . .” y decirle el 27 de junio: “para que ya no quede duda sobre el triunfo. . . mando a Ud. la *proposito*”⁸. Mucho interés tomaron en el arreglo de este negocio los Obispos de Yucatán, Tabasco y Tulancingo.

III

El ansiado nombramiento llegó a la capital de la República. De la pluma íntegra y fecunda de D. Trinidad Sánchez Santos —el pasado febrero celebró el centenario de su natalicio— brotó en aquella ocasión un artículo que encerraba el justo anhelo de todo guadalupano:

“La Iglesia Mexicana está de plácemes. La excelsa causa de la divina Reina del Anáhuac ha obtenido un triunfo más. . . El Padre Santo ha preconizado primer Obispo de Cuernavaca a un escritor emi-

nentemente guadalupano, al eclesiástico que, en la esfera editorial, representa la causa guadalupana en nuestra época. . .”

“Felicitamos —prosigue— . . . con la más honda veneración a la Madre Santísima, a la Excelsa Mejicana, porque ha condecorado espléndidamente al infatigable adalid, al centinela experto y fiel, que custodió con valor intachable, con vigilancia sin tregua. . . el Santuario del Tepeyac. . .”⁹.

Gozo de la elección trocado en “deuda” de gratitud, cuatro años más tarde, al escribir la nota del “Fallecimiento” del Excmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera:

“... ¡Oh Padre! . . . esta deuda la está pagando ya Aquella en quien nos amaste y favoreciste a tantos. Aquella que fue el sublime asunto de tus más afanosos desvelos; Aquella cuyas glorias exaltaste a lo más alto del cielo de tu patria; Aquella que te valió las más hondas amarguras y las más dulces complacencias de tu vida. . . Aquella que te juzgó digno de una prueba de maternal gratitud. . . Aquella, en fin, cuyo nombre, cuya alabanza, era la primera palabra de tus días y la última de tus noches.— ¡Oh Madre de Guadalupe, en tus manos esta deuda santa e imponderable! Por nosotros y por los demás huérfanos, págala Tú”¹⁰.

Veneremos la memoria de este varón humilde y sabio, entregado —con alma y cuerpo— a la legítima defensa de Nuestra Madre Morena. . .

A. M. D. G.

Montezuma Seminary, New Mexico, U.S.A., febrero 24 de 1958.

⁶ TRINIDAD SÁNCHEZ SANTOS; “La Voz de México”; 1894, art. “El Doctor Vera preconizado Obispo de Cuernavaca”.

¹⁰ *Ibid.*, art. “Fallecimiento”, 23 de sept. 1898, pág. 2.

⁶ *Ibid.*, pág. 445.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, pág. 447.

Recuerdos de mi Remota Niñez

Por el Ing. LEÓN SALINAS ARRIAGA

LA ERECCION DE LA DIOCESIS DE CUERNAVACA Y SU PRIMER PRELADO

POR CONCESION graciosa y no muy común de la Divina Providencia, gozo del privilegio de ser ahora uno de los más antiguos nativos y vecinos de esta hermosa población de Cuernavaca, y por igual y más agradecida concesión, conservo todavía una mente lúcida y una memoria envidiable de todos los sucesos que he contemplado desde mi remota niñez, tan remota que se inició en el siglo pasado, y llevamos ya, más de medio, corrido del presente.

Tenía yo más de seis años de edad, en las postrimerías del año de 1891, cuando por las conversaciones de mis familiares mayores y de sus amistades, escuchaba los comentarios que se hacían respecto de un acontecimiento, que, en aquellos años, sacudía la vida apacible de esta ciudad provinciana y éste era, la noticia de que S. S. León XIII Papa, entonces reinante, había decretado la erección de un nuevo obispado, con sede en Cuernavaca y con jurisdicción eclesiástica en el territorio que constituía el Estado Político de Morelos.

Esto significaba, para los católicos de esta región, que constituían una inmensa mayoría de sus habitantes, una distinción honorífica de alta valía, que les era concedida por el Sumo Pontífice Romano, y a la vez les despertaba la profunda curiosidad que el cambio en las ceremonias litúrgicas significaba la presencia de un Obispo, con lo cual se vendría a alterar la monotonía que ya significaba

la sucesión de misas rezadas, misas cantadas y en pocas ocasiones las llamadas misas de "tres ministros", que por siglos habían estado a cargo de frailes humildes y sencillos presbíteros, para elevar las ceremonias religiosas a la majestuosa solemnidad que les imprime un Obispo.

Desde que el pueblo de Morelos supo el cambio que significaba la Bula expedida por el Sumo Pontífice, esperaba su llegada con creciente expectación. Yo, curioso como todos los niños, acosaba con preguntas a mi madre, que, por no haber asistido antes a ceremonias iguales, no podía satisfacer mi ignorancia, y sólo me prometió que me llevaría a la Parroquia, que próximamente se convertiría en Catedral, a pesar de su aspecto que, más que sencillo podría calificarse de ascético, para asistir a la ceremonia en la que con el anuncio público de la creación de la nueva diócesis; *ipso facto* se convertiría en Catedral.

S. S. León XIII había delegado sus poderes para llevar a término la erección de la nueva Diócesis de Cuernavaca, segregándola del Arzobispado de México, del cual, en lo administrativo quedaría como Sufragánea, al Ilmo. y Revmo. Sr. D. Pedro Loza y Pardavé, Arzobispo de Guadalajara, prelado de altos merecimientos pero también de muy avanzada edad, motivo por el cual se vio en la necesidad de subdelegar, a su vez, la autoridad papal, en el Sr. Canónigo de la Catedral de México, Don Joaquín Arcadio Pagaza, hombre distinguido, sacerdote intachable y eximio poeta, cuyo estro inspirado, le había llevado a ocupar un lugar

en el selecto grupo literario de los Arcades Romanos con el nombre de "Clearco Meonio", que lo constituía en cofrade de un distinguido literato y obispo, el de San Luis Potosí Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, árcaide también, con el nombre de "Ipandro Acaico".

La poesía del Sr. Pagaza, en su mayoría de tipo bucólico, constituía, en aquella época, motivo de justo y merecido elogio entre los muchos y buenos literatos de fines del siglo XIX, quizá el mejor de las bellas letras nacionales.

Llegó el día 30 de Octubre de 1891 fijado para la solemne declaración que erigía en Diócesis episcopal el territorio de Morelos, y desde las nueve de la mañana, mi madre (q. e. p. d.) y yo, nos instalamos en una de las toscas bancas que proporcionaban asiento en la vieja Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, que ocupa, desde hace algo más de 425 años aproximadamente, junto con los restos del convento franciscano fundado en esta ciudad de Cuernavaca, el ángulo S. E. del amplio atrio que, además de contener la iglesia de la Tercera Orden de San Francisco, en su ángulo Noreste, presta sitio a tres capillas más: la llamada "Capilla abierta, dedicada a San José, que forma cuerpo con el Convento y las pequeñas ermitas dedicadas, una a la Virgen María, en su advocación de los Dolores, y la otra a la Virgen también, en su advocación del Monte Carmelo. La primera Capilla, la "abierta", amplia, con una alta bóveda de "cañón" da vista al atrio, en su costado del norte a través de tres grandes y esbeltos arcos de "medio punto", cuyas pilastras divisorias están reforzadas por sendos contrafuertes, y el todo, rematado por un altísimo muro almenado, característico de las iglesias construidas en México, por los frailes franciscanos del Siglo XVI.

Esta "Capilla abierta" fue la primera construcción religiosa que iniciaron los misioneros para bautizar y catequizar a los indios inmediatamente después de consumada la conquista, y en cuyo lugar se celebraron en Cuernavaca las primeras ceremonias religiosas del Culto Cristiano Católico.

La ceremonia de institución de la nueva Diócesis se inició con una misa de "tres ministros". Tanto el oficiante Presbítero José Guadalupe González, cura de la parroquia de Cuernavaca, como el diácono y subdiácono, pertenecían a las parroquias de Morelos, así como otros cinco o seis señores curas más, los cuales revestidos para la Ceremonia, ocuparon, en el presbiterio de la parroquia, el lado derecho, o sea el de la epístola y en el lado izquierdo o sea el del Evangelio, tomaron asiento, el Sr. Canónigo de la Catedral de México y Subdelegado Papal, D. Joaquín Arcadio Pagaza y otros sacerdotes forasteros que lo acompañaban. El Sr. Pagaza portaba la vestidura de su jerarquía, desconocida para la mayoría de los asistentes a la ceremonia que se celebraba.

Terminada la misa, se procedió a dar lectura a la Bula Papal, primero en latín, idioma de la iglesia, y luego en castellano, y después se procedió a firmar y dar lectura al acta que certificaba todos los acontecimientos, firmada por los sacerdotes concurrentes y por cuatro personas caracterizadas de la localidad y antiguos vecinos. Estas cuatro personas fueron: Don Domingo Nandín, mi padrino de bautismo, Don Ramón Portillo y Gómez, y los hermanos Don Cristóbal y Don Sixto Sarmina, cuyos descendientes siguen siendo vecinos distinguidos de esta ciudad. Finalmente, la ceremonia terminó con la Solemne Bendición Papal, hecha por el Ilmo. Canónigo y Subdelegado Don Joaquín Arcadio Pagaza.

Desde ese momento, la centenaria Parroquia de Cuernavaca asumió el rango de Catedral, a pesar de su sencillo y pobre atuendo franciscano de origen. Quedó como Administrador Apostólico de la nueva Diócesis, en tanto se nombraba el obispo, el Arzobispo de México, D. Próspero Ma. Alarcón y Sánchez de la Barquera.

Más de año y medio después, S. S. León XIII designó al 1er. Obispo de Cuernavaca en la persona del Ilmo. Sr. D. Fortino Hipólito Vera, Canónigo de la entonces Colegiata de Santa María de Guadalupe, y todavía casi un año más tarde, en Julio de 1894, se confirmó esta designación y a fines del propio mes, se le consagró como Obispo en la propia Colegiata de la Villa de Guadalupe, y no fue sino hasta el día 10 de Agosto de 1894, cuando el nuevo Obispo llegó a su sede.

En aquel entonces el camino entre México y Cuernavaca ya podía, en parte, hacerse por ferrocarril hasta la estación de La Cima, y el resto, hasta Cuernavaca, en diligencia. Ambos sistemas usó el prelado en su viaje, pero dado que entre los regalos que sus diocesanos le tenían preparados, figuraba una carretela tirada por un tronco de mulas torcillas de buena estampa, donada por los dueños de los ingenios azucareros de Morelos, al llegar la diligencia a la Fábrica de Buenavista, propiedad de Don Ramón Portillo y Gómez, situada a unos seis kilómetros al norte de la ciudad, el Sr. Obispo cambió de carruaje para poder llegar en él directamente hasta la casa-habitación que se le había preparado y que era una modesta finca fronterá a la iglesia de Guadalupe, en la Avenida Morelos, donde quedó instalada, provisionalmente, la casa episcopal, entre tanto se hacían los arreglos necesarios en el viejo curato, anexo a la flamante Catedral, y que era ocupado por los vicarios auxilia-

res, ya que el Sr. Cura D. José Guadalupe González, originario de Tepoztlán, no ocupó, en calidad de habitación, el curato, por tener casa propia en la esquina de las calles de Morelos y Arista.

Pocos días después de su arribo, la sociedad de Cuernavaca, para darle la bienvenida y presentarle sus respetos, organizó una velada literario-musical, que tuvo verificativo en el salón de una casa, propiedad del caracterizado vecino D. Ignacio Robles, ubicada en la esquina de las calles de Rayón y Ruiz de Alarcón, lugar que hoy ocupa el Hotel Iberia.

En pocos días quedó organizada la administración de la nueva Diócesis: el Pbro. D. Antonio Barba y Barón, sobrino del Obispo de León (Gto.) D. Tomás Barón y Morales, fue designado Secretario de la Mitra; al Sr. Lic. D. José E. Vargas Porras, cura de Cuautla, se le nombró Provisor y Capellán de la iglesia de Guadalupe, y al frente del curato de Cuernavaca permaneció el Sr. Pbro. D. José Guadalupe González.

Como Secretario privado del Sr. Obispo, éste designó a un seglar, el Sr. D. Jerónimo Olvera, viudo de una sobrina carnal del propio Sr. Vera. El Sr. Olvera, persona de esmerada educación y tacto, quedó desde entonces vecindado en Cuernavaca, donde casó en segundas nupcias, con la Srita. Julita Argandar, miembro de antigua familia nativa de Cuernavaca, creando una honorable familia.

A todas las personas aquí nombradas, las conocí y traté personalmente, y a pesar de que eran muchos los años que me aventajaban en la vida, siempre recibí de ellas demostraciones de cariño y consideración que constituyen uno de los recuerdos más gratos de mi ya larga existencia, recuerdos que me dan la ocasión de corresponder con cariño y devoción a su memoria.

EN LA CONTRAPORTADA:

LA SANTA IGLESIA Catedral de Cuernavaca, una de las más antiguas de América. Según el P. Mendieta se comenzó a construir en 1524 y fue su primer Cura Párroco Fray Juan de Rivas, O.F.M. Pasó al Clero Secular el 4 de enero de 1857 y fue su primer Párroco el Sr. Pbro. Dr. D. Marcos Reynel.

El 30 de octubre de 1891, en virtud de la Bula *Illud in primis* de Su Santidad el Papa León XIII, fue ascendida desde luego al honor de Catedral. El 5 de agosto de 1894 tomó posesión de la misma, por medio de apoderado, su primer Obispo el Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera y Talonia, quien arribó el 10 y celebró la Primera Misa Pontifical el 15 del mismo mes y año.

Actualmente se halla en reconstrucción a fin de adaptarla, por primera vez, a su dignidad catedralicia. Dios mediante, será consagrada el 25 de octubre del presente año, como parte del programa de las Bodas de Plata Sacerdotales que celebrará, en dicho mes, nuestro amadísimo Prelado, el Exmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Sergio Méndez Arceo, VII Obispo de Cuernavaca.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 2433

For use in library, only

This item is library only

